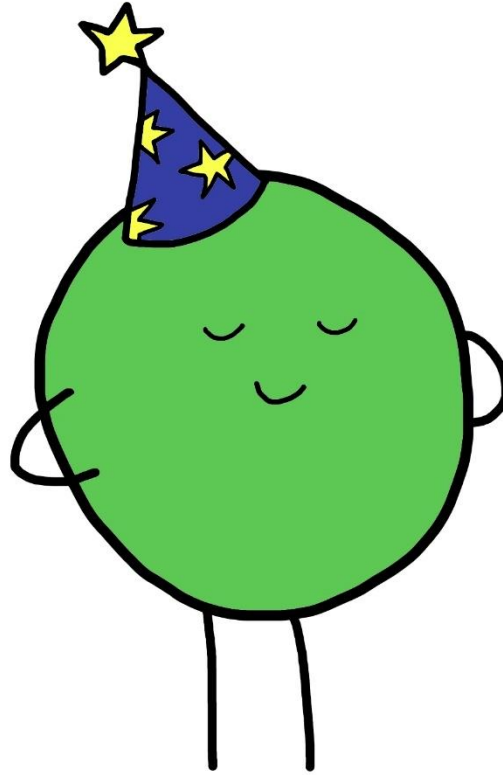
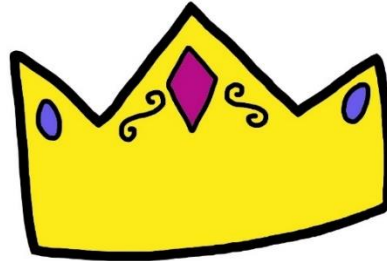


# El guisante mágico



Texto e ilustraciones:  
Carolina H.C. Rodríguez

Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa.  
Buscaba y buscaba por todo el reino, pero no conseguía encontrar a ninguna joven  
que fuese una **auténtica princesa**.



¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! – gritaba el príncipe a todas horas, llorando a moco  
tendido.

Los reyes estaban muy preocupados por él.

Hijo mío, no debes angustiarte – le decía su madre, la reina. – Si eres paciente, estoy  
segura de que algún día encontrarás a tu princesa.

Pero el príncipe no escuchaba. ¡Él quería casarse con una princesa  
**inmediatamente!**

Una noche de tormenta, el príncipe estaba sentado junto a la chimenea con sus padres, cuando de pronto...

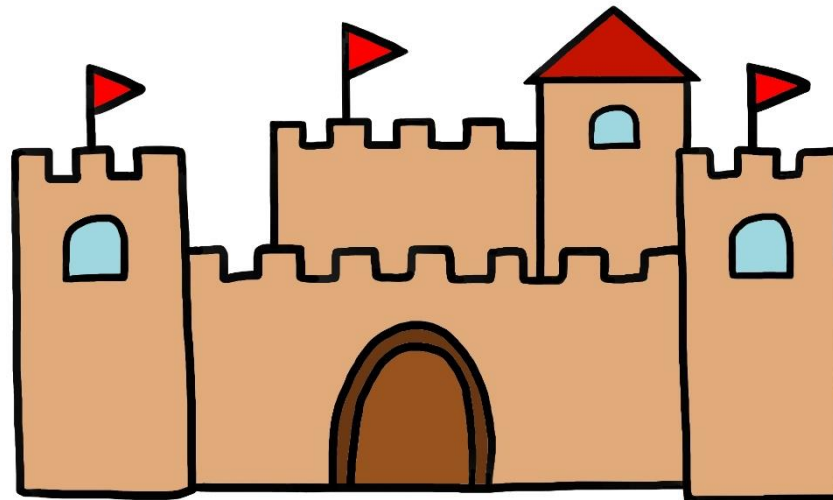
**¡Pum, pum, pum!!**

Alguien llamó a la puerta con tanta fuerza, que los tres saltaron de sus asientos del susto. El príncipe corrió a abrir.

Era una joven, y estaba completamente empapada por la lluvia.

Buenas noches – dijo. – Soy **la princesa** del reino vecino. La tormenta me ha sorprendido en mitad de la noche.

Los reyes la hicieron pasar y le ofrecieron cobijo en el castillo.



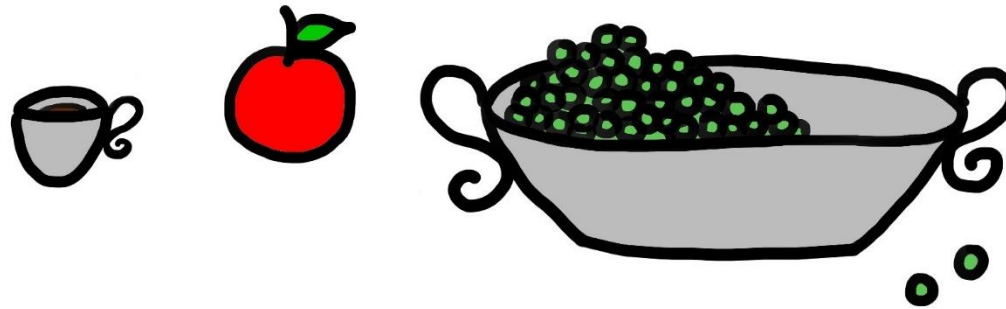
La princesa dio las gracias y se retiró para bañarse y ponerse ropa seca.

Mientras tanto, el príncipe saltaba de alegría, pensando ya en la boda.

**¡No tan deprisa!** – dijeron los reyes. – Antes de que te cases con ella, hemos de comprobar que esta joven ha dicho la verdad.

Pero... ¿cómo? – preguntó el príncipe.

Y entonces, observando los restos de la cena, la reina tuvo una idea.



¡Ya sé! Esta noche, entraré en su habitación y pondré **un guisante** debajo de la cama. Solo una verdadera princesa sería lo bastante sensible como para notar un pequeño guisante bajo el colchón.

Dicho y hecho. La reina corrió a la habitación mientras la princesa se bañaba, y colocó un pequeño guisante bajo el colchón. Encima puso varios colchones y mantas más, para que fuera más difícil todavía notar el guisante.

Llegó la hora de dormir, y la princesa fue a acostarse.

Enseguida notó que aquella cama era muy incómoda.

¡Oh! Pero, ¿qué es esto tan duro que hay bajo mi cama? – exclamó, contrariada.

Y entonces, de debajo de todas las mantas y colchones salió una vocecilla muy aguda:

¡No estoy duro! ¡Es solo que **aún no me han cocido!**

La princesa se asustó tanto que casi se cayó de la cama.

¿Qui... quién anda ahí? – preguntó, temblando.

¡Quién va a ser! – contestó la voz. - ¡Soy yo, **el guisante!** Este cuento se llama

**“La princesa y el guisante”.**

La princesa no entendía nada.

¡Lo único que ella quería era pasar la noche en una cama confortable!

Miró al pequeño guisante, consternada.

¿Qué relación puedo tener yo con **un guisante?** – preguntó.

Muy fácil – respondió el guisante, saliendo de debajo de la cama. – El príncipe quiere casarse contigo. Para comprobar si eres una princesa de verdad, me han puesto aquí, bajo tu colchón.

La princesa, entonces, entendió el cuento; ¡y no le gustó ni un pelo!

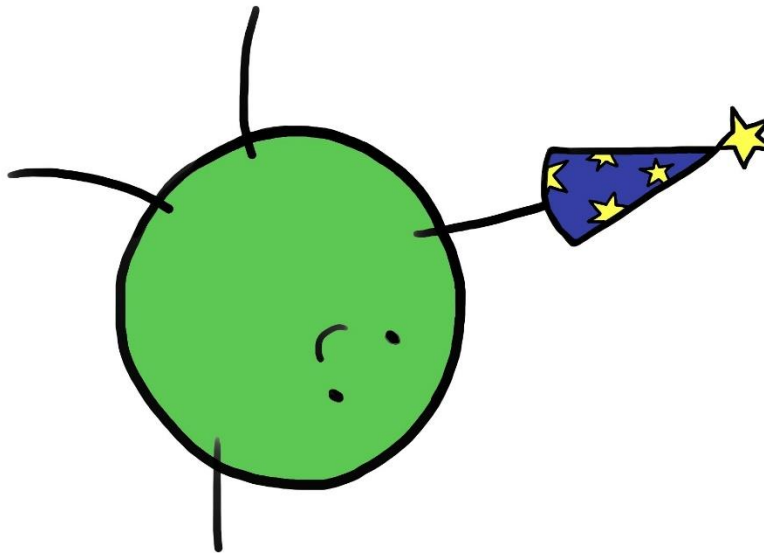
¡Eso no es muy amable por su parte! – exclamó, furiosa. – Ese príncipe, además de no confiar en mi palabra, ¡pretende que pase una noche de perros!

**¡No pienso casarme con él!**

¡Bien dicho, princesa! – aplaudió el guisante mientras hacía una pirueta. – Yo tampoco me casaría con ese maleducado, ¡ni por todo el oro del mundo!

La princesa observó cómo el guisante daba volteretas, y cayó en la cuenta de algo sorprendente.

¿Cómo es que puedes hablar? ¿Y saltar? ¿Y dar volteretas? – preguntó, con la boca abierta.



Eso es porque no soy un guisante corriente, princesa – contestó él. - ¡Soy un guisante **mágico!** ¡Puedo hacer casi cualquier cosa que se me antoje!

Y así fue como la princesa y el guisante se hicieron amigos.

Princesa, yo pienso escapar de este cuento **ahora mismo** – dijo el guisante. –

Ese príncipe me da muy mala espina.

Me parece estupendo – dijo la princesa. – Pero antes, hay algo que se me acaba de ocurrir...

Y la princesa contó al guisante una brillante idea para hacer escarmentar al príncipe.



Aquella noche, la princesa y el guisante se deslizaron silenciosamente hasta el dormitorio del príncipe y llevaron a cabo el astuto plan.



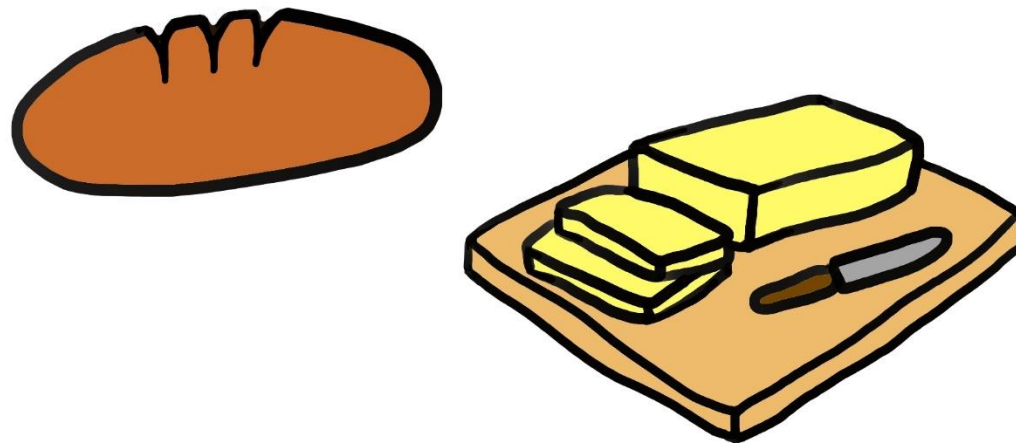
A la mañana siguiente, la princesa se guardó al guisante en el bolsillo de su vestido y se dirigió al gran comedor del Castillo para desayunar.

Allí se encontraban ya los reyes y el príncipe, sentados a la mesa.

**¡Buenos días a todos!** – saludó la princesa alegremente. – Veo que la tormenta ha amainado, y el cielo está completamente despejado.

¡Con toda seguridad, hoy podré continuar mi Viaje!

Y... ¿qué tal has pasado la noche, querida? – preguntó la reina, sirviéndose una rebanada de pan. – Espero que todo haya sido de tu agrado.



¡Oh, he dormido de maravilla! – contestó la princesa, comiendo a dos carrillos. –

Bueno, he de decir que había un pequeño guisante bajo mi cama.

Por suerte, lo vi antes de acostarme y lo saqué de allí, de lo contrario...

**¡habría pasado una noche espantosa!**

- ¡Vaya! – dijo la reina. – Hablaré de inmediato con el servicio de limpieza. ¡Un guisante bajo la cama! ¡Es inaceptable!

El guisante no podía evitar reírse en el bolsillo de la princesa.

¡Chsss! – le susurró ella disimuladamente.

- No tiene importancia, Majestad. ¿Y usted, Su Alteza? – dijo la princesa dirigiéndose al príncipe. – ¿Acaso ha pasado mala noche? Tiene ojeras, y, además, ¡no para de bostezar!

La verdad es que he pasado una noche **horrible** – se quejó el príncipe. – Algo duro y puntiagudo me pinchaba la espalda en la cama, y cuando intentaba cambiar de postura, ¡era como si **un tridente** se me clavara en las lumbares!

¿Algo puntiagudo? – dijo la princesa, pensativa. – ¡Qué curioso! Justamente esta mañana, me he dado cuenta de que mi real corona **ha desaparecido**.

El príncipe palideció.

¿Sería posible, Majestad, que mi corona hubiera ido a parar debajo de su real cama? – preguntó la princesa, fingiendo curiosidad.

Oh... no lo creo... – dijo el príncipe, poniéndose ahora rojo como un tomate.

¡Solo hay una forma de averiguarlo! – exclamó la princesa, levantándose de un salto.

Y, dicho esto, echó a correr hacia los aposentos del príncipe.

**¡No! ¡Espera!** – gritó el príncipe, que salió corriendo detrás de la princesa.

Tras él fueron también el rey y la reina.

Cuando llegaron al dormitorio del príncipe, la princesa ya había levantado el colchón, y observaba el brillante y dorado objeto que había allí.

**¡Es la corona!** – exclamaron el rey y la reina, asombrados.

El príncipe se echó a llorar.

**iYo no he sido!** ¡Yo no he robado esa corona! ¡Lo prometo! – gritó entre lágrimas.

La princesa continuaba pensativa.

Si el príncipe no recuerda haber robado mi corona... solo hay una explicación posible... – dijo, misteriosamente.

Los tres la miraron, intrigados.

Está claro que el príncipe... **ies sonámbulo!** – afirmó la princesa.



**iOh!** ¡Eso es! ¡Esa **debe** ser la razón! ¡No puede ser de otra manera! – exclamaron el rey y la reina al unísono. Ninguno de los dos quería pensar que su hijo era un ladrón de coronas.

Supongo que eso podría ser posible – admitió el príncipe, resignado.

Pero, entonces... eso significa... – empezó a decir el rey.

¡Exacto! – dijo la reina. – ¡Que el príncipe **no podrá ser rey!** Nuestra ley lo dice claramente. Ningún sonámbulo tiene derecho a reinar.

Tienes razón – dijo el rey – ¡quién sabe si alguna noche, mientras duerme, se le ocurre llenarse los bolsillos con el oro de las arcas del reino!

El príncipe se tiró al suelo y comenzó un terrible berrinche.

¡Yo quería **ser rey!** ¡Y casarme **con una princesa!** – gritaba, mientras lloraba y pataleaba.

La princesa, satisfecha, guiñó un ojo al guisante.

¡Su plan había sido todo un éxito!

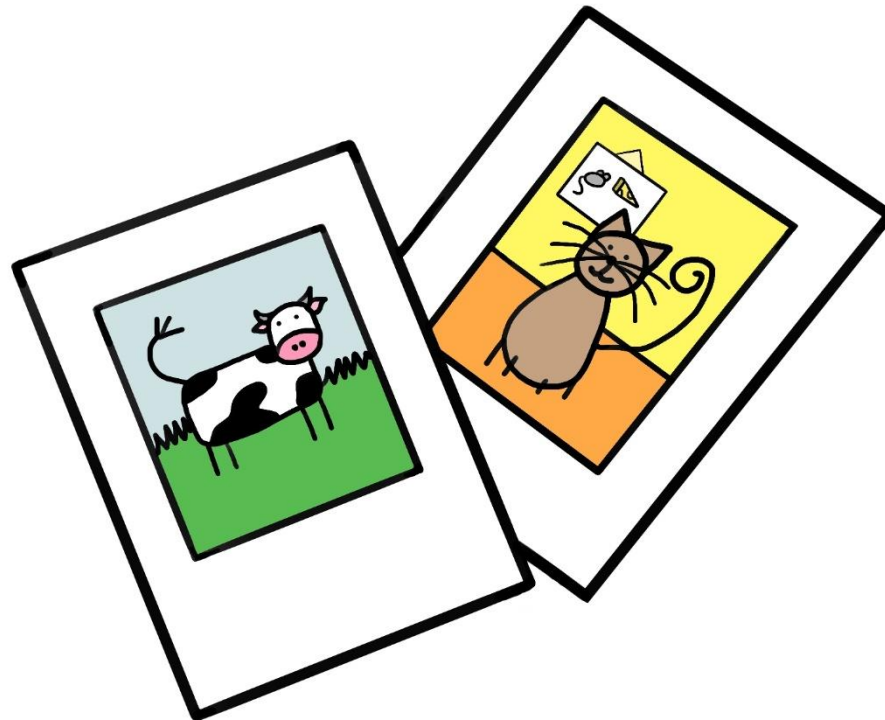
El rey y la reina cavilaron durante un buen rato para decidir quién sería el futuro gobernante de su reino.

Por suerte, el príncipe tenía una hermana pequeña.

Se llamaba Casandra, y no tenía absolutamente ningún interés en casarse.

Lo que más le gustaba era leer, hacer fotografías de animales y montar a caballo.

**¡Ella sería la futura reina!**



La princesa y el guisante se despidieron de los reyes, contentos. Los dos estaban seguros de que Casandra sería una reina buena y justa en el futuro.

Bueno, guisante – dijo la princesa, saliendo del castillo. – Será mejor que emprenda el camino de regreso. ¿Cuáles son tus planes, ahora que eres libre?

El guisante saltó del bolsillo de la princesa y aterrizó en el suelo ágilmente.

La verdad, no lo sé. Tengo varias opciones en mente – contestó.

Tal vez, trabajar como acróbata en un circo en miniatura...

O, quizás, tumbarme en el suelo y esperar a que crezca una planta gigantesca...

¡Qué emocionante! – dijo la princesa. – ¡Ojalá volvámos a vernos!

Estoy seguro de que nos encontrarnos muy pronto en algún cuento – dijo el guisante.

La princesa sonrió y le dijo adiós con la mano.

El guisante tiró un beso a la princesa y después se alejó por el camino, hasta que fue solamente un puntito verde en el horizonte.

¡Definitivamente, **nunca conocí un guisante igual...!** – pensó la princesa.

